

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA
MORAL Y RELIGIOSA

CON LA
aprobacion eclesiástica,
y bajo la direccion
DE

E. Lozano de Vilchez.

Granada.—Darro del
Campillo, 15.

Contendrá artículos de costumbres, novelas, poesías, seccion doctrinal, y cuanto juzguemos á propósito para la instruccion religiosa, la enseñanza y el recreo.

Este periódico saldra los dias 8, 14 23 de cada mes, y constará de ocho paginas, en igual tamaño al de este prospecto.



SU PRECIO
ES EL
DE UN REAL AL MES
EL MÁS BARATO
que se publica en España.

Los pagos se harán de cuatro en cuatro meses para facilitar de este modo á los señores suscritores la adquisicion de las tarjetas establecidas para pago de periódicos, que se expenden en todos los estancos; admitiéndose tambien en sellos de franqueo de 10 y 15 céntimos, prefiriéndose siempre, donde las haya, las letras del Giro mútuo.

Suplicamos á los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece.

30 de Enero de 1879. DIRECTORA, ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ. Año IV. Número 36.

SUMARIO.

El camino de la dicha, novela.—Las ermitas de Córdoba, poesía.— Lea, ó la Cruz triunfante. — Seccion doctrinal.

EL CAMINO DE LA DICHA.

NOVELA ORIGINAL.

(CONTINUACION.)

Como es imposible ocultar el resplandor de un incendio, imposible le es al hombre ocultar la llama en que se abrasa su alma. Imposible le es ocultar lo que sus ojos publican, lo que publican los latidos del corazon, el temblor de la voz, el estremecimiento de todos los miembros...

Petra se sintio conmovida hasta lo más íntimo de su alma: el secreto de Juan habia dejado de ser un secreto para ella... y el joven, sin saber por qué, esperaba...

Ambos callaron, ambos saboreaban en silencio las delicias de un amor correspondido, ambos confundian con embriaguez los latidos de sus apasionados corazones, oyendo zumbir en sus oidos la mágica palabra: *jeres amado! jeres amado!*

Luego Petra enlazó su brazo al de Juan, y juntos se dirigieron á la aldea. La tarde era deliciosa; los pajarillos suspiraban de amor entre las ramas, de amor suspiraban las trémulas aguas de las fuentes, y amor, amor suspiraba la brisa al besar el tallo de las flores. Pero mas armoniosos, mas ardientes eran los comprimidos suspiros que se exhalaban de los labios de Juan y de su tierna compañera.

Hay horas en la vida, aunque tan fugaces, tan deliciosas, que por ellas solas debe dar gracias el hombre á Dios de haber nacido.

Tres dias despues de esta escena, Juan mecía por la noche á su niño, que dormitaba en la cuna, y mientras la estaba mecendo, veía la imagen de Petra revolotear con tenaz empeño alrededor del aposento. Hacía tres dias que esta fantástica vision no se apartaba de sus ojos: hacía tres dias que, á pesar de todas sus convicciones, oía aquella voz misteriosa, que murmuraba en el fondo de su alma: *¡eres amado! ¡eres amado!...*

Y cuanto mas hacía para no prestarla oídos, cuanto mas se esforzaba para no ver la encantadora imagen, con mayor obstinacion vagaba en torno suyo.

El pobre jóven vencido siempre en la lucha con sigo mismo, cerró los ojos, pero aun con los ojos cerrados la veía, la veía siempre dando vueltas á su alrededor alegre y juguetona...

Llegó á tal su alucinacion, que de pronto le pareció sentir su hálito perfumado, y que su mano se posaba blandamente sobre su espalda.

Juan dió un grito y abrió los ojos. ¡Oh! ¡segundo milagro! Petra estaba detrás de él; pero no como la habia visto hasta entónces, sino pálida, conmovida, temblorosa.

Juan cayó de rodillas y tendió hácia ella las manos... ¡Creía tener delante de sí una misteriosa aparicion!...

Pero la fantasma habló.

—Juan, dijo con voz dulce y melancólica, tú no has querido subir hasta mí, y me veo precisada á descender hasta tí... ¡Vengo á decirte que te amo, Juan!...

Que tu hijo necesita una madre... que tú, pobre enfermo, necesitas una esposa ¿quieres ser mi marido?

Juan cayó hacia atrás y perdió el conocimiento.

Cuando lo fué recobrando, vió á Petra arrodillada junto á él, procurando volverle á la vida con el bálsamo de sus lágrimas. Juan alargó tímidamente la mano para tocarla... ¡Oh! ¡como no se volvió loco de júbilo!... ¡Era ella!...

—Te amo, Juan, te amo, le decía la jóven con la voz dulce y sublime de los ángeles... te he amado siempre, pero yo no lo sabía... Lo supe en aquel momento en que te lanzastes á las aguas, arriesgando tu vida por salvar á la pobre viuda; lo supe cuando te oí pedir por única recompensa de tu heroismo adoptar al huerfanito... un corazon como el tuyo, Juan, vale mas que todos los tesoros de la tierra... ¡Si me dieran á escoger entre tí y el rey de España, aunque tú

estuvieras enfermo, moribundo, cien veces, cien mil veces rechazaria al rey para enlazar tu brazo con mi brazo, para tener el derecho de velar tu último sueño!...

He renunciado á la boda con Calixto, y por lo tanto, á mi parte de herencia... Ahora ya soy pobre como tú, ya solo poseo por único recurso el fruto de mi trabajo... ¿Quieres que unamos nuestros esfuerzos, Juan? ¿Me aceptas para que sea la madre de tu hijo?

El jóven no respondió pero sus ojos estaban inundados de lágrimas. Se postró ante ella, y la adoró como se adoran á los ángeles del cielo...

Al domingo siguiente, Juan, feliz y orgulloso fué á misa mayor llevando del brazo á su esposa, tan feliz y tan orgullosa como él.

Pero por la noche, cuandos ambos se retiraron á su casita, tan pobre, tan falta de provisiones, Juan sintió que un amargo desconsuelo invadía su corazon.

Hubiera querido ofrecerla un palacio, y solo tenía una choza miserable... ¡Ah! ¡si este tormento no hubiese emponzoñado su ventura, hubiera sabido lo que eran las beatitudes eternas!

Sin embargo, á la mañana siguiente se levantó muy temprano. Estaba seguro de que su dicha se la debía á la milagrosa intercesion de la Virgen, y se dirigió á la ermita para dar las gracias.

Iba triste y preocupado, y volvió alegre y triunfante. Petra se sorprendió al verle entrar con la frente erguida y el ademan alborozado.

—¡Mira! ¡mira exclamó enseñándola un bolsillo lleno de oro.

—¿Quien te lo ha dado? preguntó Petra sobresaltada.

—Nadie. ¡Dios!...

—¿Pero como?

—Lo he encontrado junto altar de la Virgen...

—Pero será preciso volverlo á su dueño...

—El bolsillo está bordado, no es de nadie de los del pueblo, estoy seguro.

—¿Qué importa? será preciso devolverlo.

Juan inclinó la cabeza sobre el pecho; su brillante sueño se disipaba, y la conciencia y la razon recobraban en él todo su imperio.

—Vamos á ver al buen cura, murmuró, él nos aconsejará lo que debemos hacer para encontrar al que lo ha perdido.

Ambos echaron á andar.

El anciano escuchó con enternecimiento su sencillo relato, aprobó su honrada resolucion, y prometió ayudarlos en sus pesquisas.

Pero á pesar de haber pregonado el hallazgo

en el pueblo y en los pueblos circunvecinos, se pasaron seis meses sin que nadie se presentara á reclamarlo.

Y entretanto, Petra y Juan ganaban con el sudor de su frente y á duras penas, su escaso sustento y el sustento del pobre huérfano.

Un día el cura los llamó.

—Hijos, le dijo, he practicado todas las diligencias imaginables para saber á quien pertenecía el bolsillo, y no he obtenido ningun resultado. ¿Quien sabe si ha sido un milagro de la Virgen bondadosa?

Es, pues mi opinion, que compreis algunas tierrecitas á nombre de su dueño desconocido, y si éste pareciese algun día, podreis devolverle con creces su dinero.

Hízose cuanto el buen cura decia: compraron algunas tierras, y depositaron en las manos del venerable sacerdote la escritura, firmada por un escribano.

Juan se hizo labrador, y desde entonces la prosperidad entró en su pobre choza; y tal su fortuna, que no hubo campos tan lozanos como sus campos, árboles tan cargados de frutos como sus árboles, ni ovejas tan fecundas como sus blancas ovejuelas.

III.

Habíanse pasado veinte años. En una noche oscura y tempestuosa, un viajero extraviado iba buscando el camino del pueblo. Vió á los lejos un labrador, y le llamó. Era Juan.

—Amigo, le dijo, podríais indicarme el camino para llegar á algun sitio habitado por hombres?... La diligencia ha volcado ahí bajo, y mientras mis compañeros estaban gimiendo, yo he querido adelantarme y me he perdido... ¿En dónde estamos?

—Muy cerca de la Bañeza. Yo os guiaré, seguidme.

—Este pueblo es fatal para mí. Hace muchos años, pasando por este lugar, perdí un bolsillo lleno de oro. Es verdad que no sé si debo lamentarme por esa pérdida, porque entonces yo era un calavera completo, y el hallarme sin recursos me obligó á obedecer á mi familia, embarcándome en un navío que me condujo á América, en donde he hallado la fortuna.

—¿Recordais la fecha de ese suceso?

—En 1843, y aun me parece que fué tambien en el mes de Mayo, como ahora...

—Y cuando estuvisteis aqui, ¿entrasteis en la ermita?

—Sí, me dió la idea de visitar una ermita muy pintoresca que hay en estos alrededores, y aun recuerdo que no se lo que sentí al hallarme delante de la Virgen, que la pedí de todo corazón que me apartase del mal camino. Pero hé ahí sin duda el pueblo... veo brillar algunas luces entre el follaje... Espero que completareis vuestra obra indicándome una posada.

—Vendreis á vuestra casa, señor, respondió Juan conmovido.

Pronto llegaron á una de labranza, que debia ser de las mejores del pueblo, tanto por su apariencia, como por el bienestar que se notaba en su interior.

—Encended un buen fuego, dijo Juan á los criados, y preparad una buena cena. Todo será poco para para obsequiar á nuestro huésped. Perdonad, añadió dirigiéndose al forastero, voy á avisar á mi mujer. Mis hijos os harán compañía. Pedro, Teresa, Dionisio!...

La que antes acudió á su llamamiento, fué una bella niña, tan bella como un boton de rosa que se entreabre para recibir el primer rayo de la aurora.

Siguiéronla dos jovencillos y dos niños. Los cinco besaron respetuosamente la mano de su padre, y le prodigaron mil caricias.

—¿Son todos hijos vuestros? preguntó el forastero.

—Todos, porque este aunque no me debe el sér, respondió Juan acariciando la rubia cabeza del mayor, le quiero como á un hijo y él me quiere como á un padre: ¿no es verdad, Dionisio?

El jovencillo se amparó nuevamente de su mano y la cubrió de besos. Al punto los otros, aguijoneados por una tierna emulacion, le cogieron la otra y tambien se la besaron.

—¡Soy muy dichoso, dijo el buen padre vivamente conmovido, me aman como los amo!...

—¡Oh, sí, muy dichoso, exclamó el viajero con tristeza!

—¡En cambio yo estoy solo en el mundo!... ¡Tengo oro! ¿para qué sirve el oro sin la felicidad del alma?... ¡He pasado una vida borrascosa, y ahora me voy acercando á la vejez sin tener quien me ame ni quien bendiga mi nombre!

—¿Como os llamais?

—Gerardo Lopez.

—Pues bien, D. Gerardo, desde hoy no os faltarán bendiciones... Pero voy á llamar á mi esposa.

(Continuad.)

ÁNGELA GRASSI.

LAS ERMITAS DE CÓRDOBA,

Hay en la alegre sierra
Sobre las lomas
Unas casitas blancas
Como palomas.

Les dan dulces esencias
Los limoneros,
Los verdes naranjales
Y los romeros.

Allí junto á las nubes
La alondra trina,
Allí tiende sus brazos
La Cruz divina.

La vista arrebatada
Vuela en su anhelo
Del llano á las ermitas,
De ellas al cielo.

Allí olvidan las almas
Los desengaños,
Allí cantan y rezan
Los ermitaños.

El agua que allí oculta
Se precipita
Dicen los cordobeses
Que está bendita.

Prestan á aquellos nidos
Luz los querubas,
Guirnaldas las estrellas
Manto las nubes.

Muy alta está la cumbre
La Cruz muy alta,
Para llegar al cielo
¡Cuan poco falta!

Puso Dios en los mares
Flores de perlas;
En las conchas, jardines
Donde esconderlas.

En las aguas del bosque
Frescos murmullos
De Abril, en las auras
Tiernos capullos.

Flores del paraíso
Puso en las aves,
En las húmedas auras
Himnos suaves.

Y para dirigirle
Preces benditas.
Puso altares y flores
En las ermitas.

Las cuestas por el mundo
Dan pesadumbre
Á los que desde el llano
Van á la cumbre.

Subid á donde el monge
Reza y trabaja;
Mas larga es la vereda
Cuando se baja.

Ellos de santos mares
Van tras el puerto
Caravana bendita
De aquel desierto.

Forman música blanda,
De un campanario
De semillas campestres
Santo Rosario.

De una gruta en el monte
Plácido asilo
De una tabla olvidada
Lecho tranquilo.

De legumbres y frutas
Pobres manjares
Parten con los mendigos
En los altares.

Allí la Cruz consuela
La tumba advierte;
Allí, pasa la vida
Junto á la muerte.

Por los ojos que finge
La calavera,
Ven el mundo, y su vana
Pompa altanera.

¡Calavera sombría?
Que en bucles bellos
Adornaron un día
Ricos cabellos!

Esos huesos oscuros
Que se ensancharon
Fueron ojos que vieron
Y que lloraron.

Por esas quebradas
Formas vacías
Penetraron del mundo
Las armonías.

Que resta ya del libre
Mágico anhelo
Con que esa frente altiva
Se alzaba al cielo!

La huella polvorosa
De un ser extraño
Adornando la mesa
De un ermitaño.

Aquí en la solitaria
Celda escondida,
Un cráneo dice... muerte...
Y una Cruz... vida.

Muy alta está la cumbre
La Cruz muy alta
Para llegar al cielo
¡Bien poco falta!

ANTONIO GRILO.

LEA, Ó LA CRUZ TRIUNFANTE.

(CONTINUACION.)

Si buscamos á LEA, la encontraremos sola en la biblioteca de su abuelo, rodeada de multitud de papiros enrollados que contenían todo lo que Roma y Grecia había producido de grande y noble desde Herodoto, padre de la historia, hasta Floro; desde el himno de Alceo hasta las últimas balbucencias de la Musa latina. Varios bustos y estatuas de mármol adornaban aquel vasto aposento; una mesa muy bella con pié de bronce ocupaba el centro, y junto á ella la hermosa romana leía absorta un manuscrito que llevaba en su primera página el nombre de Esquilo.

Sus ojos se fijaban por vez primera en el *Prometeo encadenado*, fábula extraña que parece á la vez un recuerdo de las primeras tradiciones de la humanidad y una profecía del porvenir, semejante á aquella en que Platon ve al justo por excelencia sufriendo y entregado por sus hermanos. Leía con sorpresa la escena en que la Violencia personificada ordena á Vulcano que ate en el Cáucaso con cadena de diamante al amigo de los hombres, al hombre de corazón de fuego, á Prometeo. Enterneciéndola las quejas que salían de sus elocuentes labios, cuando el augusto vencido, viéndose solo exclama:

«¡Oh divino Éter! ¡oh alado soplo de los vientos, manantiales de los ríos, olas sin fin que rizais la superficie de los mares! ¡oh tierra, madre de todos los seres, y tú, ó Sol, cuyas miradas abarcan toda la tierra, ved que tratamiento recibe un dios por parte de los dioses! ¡Ved las indignas cadenas que el rey de los Inmortales ha forjado para mí!... Desgraciado, los favores que de mí han recibido los mortales son los que me acarrean tantos rigores. Yo he robado el fuego del cielo, que se ha convertido para ellos en el principio de todas las artes, en el origen de mil ventajas: tal es el crimen porque me veo encadenado y expuesto en esta roca á todas las injurias del viento... ¡Ah! cualesquiera seais, venid y ved cargado de hierros un dios infortunado cuyo amor á los hombres le ha valido la cólera de Júpiter»

LEA apoyó la cabeza en sus manos y se puso á meditar. Su entendimiento se había nutrido en la literatura de los antiguos, pero su alma no tenía otros alimentos que las fábulas groseras del politeísmo: su abuelo había alejado de ella toda enseñanza que no estuviese conforme con

las tradiciones romanas; tal vez había visto algunas almas á quienes la averiguación constante de la verdad había conducido al Evangelio, y temía por su nieta todo lo que se apartaba de los dogmas positivos de la mitología pagana. LEA no había paseado aun sus ojos fuera de este limitado horizonte, y las palabras del viejo Esquilo acababan de producir en su entendimiento una primera duda, una perplejidad que sorprendía el candor de su fe.

Su abuelo entró cuando aun estaba embebida en sus pensamientos. Al verle se levantó con respeto; y él la miró con ojo complaciente. LEA le echó los brazos al cuello, y le besó su blanca barba, diciendo:

—Padre mio, vuestra ausencia me tenía inquieta: ¿cuanto habeis tardado! ¿Os ha entretenido la palestra?

—No, hija mia; la palestra no es para mi edad. He ido al baño, y he dado un largo paseo con algunos viejos amigos bajo la galeria de Faustino... Pero, todavía es temprano, y podríamos leer un poco los autores griegos. ¿Has probado de traducir las églogas de Teócrito?

—No, padre mio, contestó sonrojada; confieso que no me gustan estos versos consagrados al amor; prefiero los pastores del Lacio á los zagales de la Sicilia.

—¿Habrás leído á Orestes?

—Todavía no; leía á Esquilo, y la figura de Prometeo me tenía absorta. ¿Como es que nuestros dioses, en cuya bondad creemos, como en su poder, fueron tan crueles con un semi-dios, favorable á los mortales? No sé explicarme tales rigores. Y Prometeo ¿no anuncia á Ío la caída de Júpiter? Ved, padre mio; Esquilo lo dice, y la Grecia reunida le oía: «¡Verá hundirse su trono y desvanecerse el poder! Que venga entonces á hacer retumbar el trueno y á blandir con sus manos saetas inflamadas, nada le librará de una caída ignominiosa.» Padre mio, explicarme este misterio: ¿por qué á Júpiter le dominan pasiones tan crueles, semejantes á las de los tiranos? ¿por qué, si es inmortal, le amenaza Prometeo con su caída?

—Ficciones de poeta, hija mia.

—Pero la Grecia, tan respetuosa con los dioses las ha aplaudido.

—¿Son tan vanos y ligeros esos griegos!

—No obstante, ¿quién mas religioso que Píndaro y Eurípides?

—Repito que son ficciones de poeta, así los himnos de Píndaro como las maldiciones del hijo de Japet. No nos ocupamos de los griegos sino para admirar esos dones maravillosos que las

Musas les han prestado, y sirvamos, al modo de nuestros abuelos, á los dioses que les fueron tan propicios. Veneremos con los antiguos sagrados ritos á esas deidades que nos dieron el imperio y que pueden dar todavía á los hijos de la Loba el poder suficiente para recobrar el cetro del mundo. Los anales de Roma son el mas cumplido elogio de sus dioses, y no sin justicia los triunfadores suben al templo de Júpiter Capitolino y cuelgan de su altar los trofeos conquistados á las demás naciones!

LEA no estaba convencida, y continuó:

—Pero este libertador, que Prometeo espera, ¿en dónde está? ¿acaso vendrá?

—Este libertador es Hércules, hijo de Júpiter y de Alcmena. Él rompió las ataduras que tenían sujeto á Prometeo allá en el Cáucaso.

—¡Como! repuso LEA; á Hércules, quemado por la túnica de Nessus; á Hércules, que hilaba á los piés de una mujer, ¿á este Hercules adjudicó Prometeo tan magníficos elogios? ¡Oh padre mio! me parece que el que luchó contra los dioses, el que libertó al hijo de Japet, debía ser mas noble que Hércules.

—Estos pensamientos no son para tu edad, dijo el abuelo mirándola con cierta inquietud deja de leer esas oscuras tradiciones de la Grecia, nutridas con las fábulas del Egipto y de la India, y volvamos á la historia: ahí tienes á Jenofonte; á ver cómo me traduces la muerte de Ciro.

—Vuestro gusto es el mío, dijo LEA; nada mas hermoso ni mas dulce que Jenofonte; lo prefiero á nuestro Tácito.

—¡Afeminado gusto! repuso el anciano. ¿Qué hay mas terrible para los tiranos que un Tácito?

III.

LA VERDAD.

El anciano, saliendo de la biblioteca, bajó á un hermoso jardín que rodeaba la casa: allí los altos pinos, los laureles grandes como árboles, los fresnos con sus colgantes ramas, difundían á todas horas plácida sombra y dulces murmullos. Allí paseó un buen rato, silencioso, meditabundo, contando los días de vida transcurridos, pensando en otros seres y acontecimientos de que nunca hablaba á nadie, y que sin embargo eran el asunto de sus continuas meditaciones.

Ahora esperaba á su amigo Cornelio que, tres veces cada semana, venia á cenar y á platicar

familiarmente con él, á la manera de los antiguos romanos, siendo su único recreo la amigable conversacion, sin necesidad de mezclar en ella tañedores de flauta ó combates de gladiadores; y prolongando la comida, sin otros postres que las nueces, los higos y los vinos recolectados en las posesiones de Valerio. Al fin llegó Cornelio con paso acelerado, y saludó á su amigo. Aunque ambos tenian igual edad, y habian nacido bajo el mismo consulado, el abuelo de LEA parecia mas viejo que Cornelio, tal era la austera gravedad que en sus facciones habian impreso los cuidados y las reflexiones taciturnas. Cornelio, tenia una fisonomia vivaz, jovial y curiosa que recordaba Atenas mejor que Roma; su traje no guardaba armonia con el uso romano, al cual su amigo se mantenía rigurosamente fiel; no vestía la toga blanca ni el manto de lana; su vestido de púrpura tenia siete fajas blancas; su calzada era de forma germánica, y llevaba en el cuello y en los dedos algunos amuletos y sortijas que los romanos á la antigua dejaban para las mujeres y los libertos. Pero Valerio disimulaba en el amigo de su juventud al que llamada debilidades, y le acogió con toda cordialidad.

—¿Sabes lo que ocurre? preguntó Cornelio sentándose en un banco cercano á una bulliciosa fuente. ¿Ignoras que el Emperador, el Augusto, el hijo de Constancio en fin, va á proclamar la religion del Cristo y juntarse á los adoradores del Dios judío? Este es el objeto de todas las conversaciones bajo los pórticos y entre todos nuestros amigos. ¿Quién hubiera creído que las doctrinas predicadas en la casa del senador Pudente por un viejo hebreo, que esas doctrinas perseguidas con el hierro y el fuego por todos nuestros emperadores, llegarían á ser proclamadas en el campo de Marte por el sucesor de Diocleciano?

—Esto es la ruina del Imperio, dijo Valerio palideciendo. Si los dioses del Lacio se van, di que el imperio de los viejos Sabinos y de los hijos de Eneas está á punto de desaparecer de la faz de la tierra.

—¿Qué! ¿los dioses del Lacio! ¿quién creará todavía en esos viejos dioses OEques, en los feroces dioses de los Sabinos, en las divinidades mas risueñas del Olimpo? Tiempo hace, amigo mio, que los dioses del Oriente, Mitra, Isis, Osiris, Serapis, etc., tienen en Roma templos que aventajan al de Júpiter, de Vesta ó de la buena Diosa?

—Sí, conocidas tengo las supersticiones extranjeras, pero al menos nunca un César reves-

tido con la púrpura se ha atrevido á proclamarlas como dioses del imperio y á sustituir el águila romana por el instrumento que sirve de suplicio á los esclavos!

—Confiesa, amigo mio, que esta audacia que da á Constantino su reciente victoria sobre Magencio, otro emperador cuyo nombre y cuyas virtudes veneras, Alejandro Severo, hubiera querido hallarla en su corazon. Amaba á los cristianos.

—Su madre Mamea pertenecía á esta secta.

—Y Filipo de Arabia no era del todo extraño á ella. Hay que ser de su tiempo, Valerio, y no puede negarse que los cristianos ocupan hoy un gran lugar en la sociedad romana. Hállanse en todas partes, todas las familias cuentan algunos de sus miembros afiliados á esos misterios, y tú tambien...

—¡Silencio! exclamó Valerio con voz alterada: no invoques este recuerdo, ni me hables favorablemente de los cristianos! ¿Sabes cuántos motivos tengo para aborrecerlos!

—Por mi parte, repuso Cornelio con calma, solo miro esta cuestion bajo el punto de vista de la política y de la filosofía. El imperio está debilitado por sus largas divisiones; las costumbres y el caracter público están relajados; tenemos los bárbaros en las fronteras, y es ya tiempo de que la república se apoye sobre nuevos defensores. Los cristianos son en número inmenso, y se encuentran en todas partes, en las Galias, en Oriente, no menos que en Italia; si cesamos de perseguirlos, ofrecerán gustosos al poder sus brazos, sus riquezas, su influencia; serán como una haz de leña que el pastor arroja á un fuego próximo á extinguirse.

En cuanto á su doctrina, es magnífica; y Marco Aurelio, cuyos escritos divinos admiramos, ¿no debió algunos de sus mas elevados pensamientos á la filosofía de los cristianos?

—¿Eres cristiano? preguntó con asombro Valerio á su amigo.

—No; lo juro como romano que soy; pero admiro sus sentencias tanto ó mas que las del Pórtico ó de la escuela de Epicteto. Curiosidad de filósofo. Los antiguos viajaban por el Egipto y el Oriente en pos de la ciencia, sin creerse obligados á postrarse ante los altares de donde la habian recibido.

(Se continuará.)

M. MATILDE BOURDON.

SECCION DOCTRINAL.

LA SENDA DEL CIELO.

(CONTINUACION.)

—Refiérenos eso, abuelita, dijo Julieta acercándose á la anciana, refiérenos eso, que sin duda nos enseñará algo bueno, cuando tú lo recuerdas ahora.

—Sí, hija mia, y este relato debeis aprender.

Vivian hace muchos años... ya veis, era yo casi niña, vivian digo cerca de nuestro palacio de Madrid, dos jóvenes hermanas, hijas de un militar, muerto en el campo de batalla con mas gloria que fortuna. La mayor se llamaba Julia y Clara la de menor edad. Esta última y sin poder explicar el por qué, era objeto de una preferencia ciega por parte de su madre.

Desde niña la había colmado de atenciones y cuidados muy superiores á los que se merecía la buena Julia. Quizá esto consistía en que Clara contaba dos ó tres años menos que su hermana, quizá en que era efectivamente bella é inteligente.... que se yo! ello es, que su madre la concedía á ella todo lo que negaba á la otra, complaciéndose en aumentar la hermosura que debía la naturaleza con las galas y los adornos de que ella la rodeaba, muy poco en armonía con su edad, y sobre todo, con su fortuna.

Clara, preferida en todo, no tardó en juzgarse superior á su hermana, y en mirar á ésta con cierta clase de orgullo, que la pobre Julia sorportaba oponiendo á él una mansedumbre y una dulzura extremada.

Si la madre les compraba un traje, siempre Clara exigía que el suyo fuese mejor y tuviese otra hechura que el de su hermana, diciendo á ésta, si notaba la diferencia.

—Para tí bueno esese, para mí es preciso que sea aquel.

—Sí, sí, decía la madre mirándola con delicia, sí, á Clara le sentará tambien ese color, estará tambien con ese adorno! La pobre Julia se conformaba tristemente! sin embargo, algo en su corazon protestaba contra aquella injusticia y la hacía derramar silenciosas lágrimas de amargura en la soledad de su pequeño cuarto.

Y no crean, amigos nios, que aquella madre sospechaba que cometía una injusticia, no, de ningun modo: pero se habia acostumbrado de manera á decir á su hija menos cuando era chiquita, esas frases que ha poco repetí, esas frases que ninguna madre debía pronunciar, «tu hermanita es fea, no la quiero á ella, te quiero á tí sola» que al cabo se habia acostumbrado á ellos, y lo que sirvió para acallar á la niña cuando pequeña, sirvió luego para enorgullecer y hacer soberbia á la joven cuando ya fué mujer.

Clara pues, se creyó reina absoluta en su casa, las distinciones que la debilidad de su madre la habia concedido, creyó que la pertenecian de derecho, y las recibió, no como una prenda de cariño, sino como un tributo merecido.

Poco á poco aquella niña que quizá hubiera podido ser buena, sintió penetrar en su alma el helado soplo del egoismo, matando y petrificando en su corazon las hermosas flores del sentimiento y la bondad.

Empezando por no amar á su hermana, concluyó por no amar á su madre, mirando los dulces lazos de la fra-

ternidad y la familia como pesadas cadenas que la ligaban á seres inferiores á ella, cuya sola obligación era servirla y complacerla.

Su génio voluntarioso y altanero hacía desgraciados á cuantos tenía á su lado, y cuando alguna vez la estrechez de sus medios no la permitía realizar su capricho ó conseguir un empeño, sufría ella tambien considerándose desventurada por la mas pequeña contrariedad.

El orgullo y la vanidad, eran los dos defectos mas culminantes, de su carácter, y el frio egoismo, la pasión mas dominante de su corazon.

Pobre Clara! con semejantes condiciones, ¿qué suerte la podía esperar? Oh! la que tienen todas las jóvenes á quienes les falta la modestia y la bondad.

Como se habia acostumbrado á la indolencia, como su madre por exceso de mimo no habia sabido habituarla al santo y honrado trabajo, y como por otra parte eran pobres, tenían muy pocos recursos y las necesidades mayores á cada dia, llegó uno en que la miseria asomó su cabeza á los dinteles de aquella casa.

Julia virtuosa y humilde, se resignó y pensó en hacer frente á la desgracia, buscó recursos en el trabajo. Clara... ¡ay! Clara sintió cruzar por su mente ideas bien distintas á las que deben acariciar la frente de las mujeres honradas.

Su soberbia se reveló con la suerte, y en su injusticia acusó á su madre y la creyó causante de su mal el primer dia que carecieron de pan.

—Yo no puedo vivir así, murmuró llena de enojo, es preciso que busque V. medios, la viudedad...

Está empeñada hasta dentro de un año, exclamó la madre tristemente, aquel dinero se invirtió en tu último traje de seda.

—Pida V. á los amigos....

—Ay! no los tenemos! se han alejado de nosotras.

Aquella mujer no quiso añadir que su desacertada conducta habia sido la causa de ello.

Clara con la mirada sombría pudo tan solo articular.

—Entonces....

—Entonces, se apresuró Julia á decir, olvidando lo pasado y dando una noble expansion [á los hermosos sentimientos de su alma, entonces aun nos queda un medio, somos jóvenes, busquemos una ocupacion honrosa, trabajemos las dos por nuestra madre, y escudadas por la virtud y por la santa resignacion cristiana podemos ser felices con la mas pura y mas dignas de las felicidades terrenas: con la que nos ofrece una conciencia tranquila.

Clara miró á Julia con desprecio y exclamó:

—Eso es bueno para tí! pero yo..... no; yo no he nacido para eso.

La joven soportó aquel ultraje, y sin vacilar adoptó su partido.

Salió de la casa y fué á buscar en un almacen de ropas hechas, una ocupacion honrosa y digna.

(Se continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

GRANADA:—Imprenta de La Madre de Familia.